

Por la fe...

Una aproximación al Antiguo
Testamento bajo la guía del
Espíritu Santo

SARA

por Antoni Mendoza i Miralles

11

© Edicions Cristianes Bíbliques, 2002
Apartat 10053, 08080 Barcelona-Catalunya (Espanya)
correu-e: ecb.edicions@wanadoo.es
Maquetación: AMM, Apartat 2533, 08080 Barcelona-Catalunya (Espanya)

« Por la fe también la misma Sara, siendo estéril, recibió fuerza para concebir simiente; y parió aun fuera del tiempo de la edad, porque creyó ser fiel el que lo había prometido. Por lo cual también, de uno, y ése ya amortecido, salieron como las estrellas del cielo en multitud, y como la arena innumerable que está á la orilla de la mar».

(Hebreos 11:11-12).

Ésta es la primera vez, en éste capítulo once, que Dios nos habla de la fe de una mujer; aunque no será la única, ya que más adelante también se hablará de la madre de Moisés y de Rahab. En primer lugar, hemos de destacar que la necesidad de llevar una vida de fe no es algo únicamente para los hombres, es propio de todo creyente, sea cual sea su sexo, condición, edad... La presentación de la fe de Sara nos habla únicamente de la fe de una mujer, pero también nos habla de la fe de una esposa: ya que el nacimiento de un hijo involucra tanto al padre como a la madre. Dios requiere a todo matrimonio de creyentes que ambos lleven una vida de fe.

La fe de Sara no fue una fe diferente de la de Abraham, puesto que la fe de la mujer no es diferente de la fe del hombre, ni la de la esposa de la del esposo. Por eso Dios dice: “Por la fe también...”. El “también” vincula la experiencia de Sara con la de Abraham, que es de quien se habla en el versículo anterior.

La consideración del personaje

Consideremos brevemente quien era Sara, antes de reflexionar sobre lo que se nos dice en Hebreos de ella.

Sara es el nombre que Dios le dio, ya que originalmente se llamaba Sarai (Gé 17:15). Dios también cambió el nombre de su esposo, que originalmente se llamaba Abram; Dios hizo estos cambios cuando les prometió que de ellos haría un pueblo que sería de bendición para todas las naciones.

Era hija de Taré, y hermanastra de Abraham (Gé 20:12). Se casó con Abraham en Ur de los caldeos, antes que él recibiese el llamado de Dios para marchar hacia la Tierra de la Promesa, y lo acompañó a través de todo su peregrinaje. Era 10 años más joven que su esposo (Gé 17:17). Aunque era estéril (Gé 11:29-30), Dios le concedió un hijo a los 90 años, que se llamó Isaac.

Era una mujer muy hermosa, ya que a los 65 años los egipcios la consideraron como tal, y hasta el mismo Faraón quiso tomarla como esposa (Gé 12:11-20). Veinticuatro años más tarde, cuando Sara tenía unos 89 años, Abimelec, rey de Gerar, también quería tomarla por esposa (Gé 20), pensando que no estaba casada.

Murió a los 127 años en Quiriat-arba, que es Hebrón, y fue sepultada en la cueva de Macpelá, en la heredad de Efrón, enfrente de Mamré (Gé 23:1-2; 25:9-10). Esta fue la única posesión que Abraham llegó a tener en la Tierra de la Promesa.

¿En qué va consistió la fe de Sara?

En cuanto a la fe de Sara, que es lo que ahora nos ocupa, la Escritura nos dice en que consistió: "... creyó ser fiel el que lo había prometido".

Los detalles de estos hechos los encontramos en Génesis 18: *"Y le dijeron: ¿Dónde está Sara tu mujer? Y él respondió: Aquí en la tienda. Entonces dijo: De cierto volveré a ti según el tiempo de la vida, y he aquí, tendrá un hijo Sara tu mujer. Y Sara escuchaba a la puerta de la tienda, que estaba detrás de él. Y Abraham y Sara eran viejos, entrados en días: a Sara había cesado ya la costumbre de las mujeres. Rióse, pues, Sara entre sí, diciendo: ¿Después que he envejecido tendré deleite, siendo también mi señor ya viejo? Entonces Jehová dijo a Abraham: ¿Por qué se ha reído Sara diciendo: Será cierto que he de parir siendo ya vieja? ¿Hay para Dios alguna cosa difícil? Al tiempo señalado volveré a ti, según el tiempo de la vida, y Sara tendrá un hijo. Entonces Sara negó diciendo: No me reí; porque tuve miedo. Y él dijo: No es así, sino que te has reído"* (Gé 18:9-15)).

Tres desconocidos vinieron a Abraham, y él, siguiendo las normas de hospitalidad orientales, los recibió y los hizo quedar con él para recuperar fuerzas. Después de comer, preguntaron por

Sara, y uno de ellos, sin decir nada más, le anunció que ella sería madre dentro de nueve meses, ¿qué otra cosa quiere decir la expresión “según el tiempo de la vida”? Sara no estuvo presente en la conversación, estaba dentro de la tienda, y cuándo escuchó aquellas palabras se rió entre sí, recordando su condición física y la de su marido. Ambos eran viejos, y habían perdido su capacidad de engendrar hijos... aquel hombre que hablaba con Abraham no sabía lo que decía -pensaría ella-.

Repentinamente, aquel que hablaba con Abraham ya no se presenta como un hombre, y se identifica con Jehová; y, más tarde, los otros dos “hombres” que iban con él se identifican como ángeles (Gé 21). Entonces aquellas palabras dejaron de ser para ella las de un hombre, para ser las palabras de Dios. Y la risa de Sara cambió en una expresión de miedo. Ella jamás se hubiera reído de la palabra de Dios. Entonces miró de “arreglar” las cosas, tal vez como nosotros hacemos en ocasiones, intentó excusar lo que había hecho; lo cierto es que no se había reído externamente, lo había hecho internamente. Pero Dios no entró en ese juego: el sí ha de ser sí, y el no ha de ser no (Stg 5:12). Así Dios da por cerrado el asunto.

Sara no se enfrentaba con la palabra de un desconocido, sino con la Palabra de Dios, que estaba sostenido por su omnipotencia. Ella creía en Dios, por eso al encontrarse ante la palabra de la promesa de Dios no pudo hacer otra cosa que hacerla suya por la fe, pues, cómo dice Pablo, considerar fiel a aquel que la había hecho la promesa. Ante la palabra de Dios no entra en razonamientos ni consideraciones físicas, su edad, ni biológicos, su esterilidad, sencillamente aplica fe en la promesa, puesto que para ella era lo mismo que tener fe en Dios.

¿Pero qué sucedió con la mentira de Sara? Cuándo Dios vuelve, en el tiempo que le había dicho (Gé 21), no le hace ningún reproche. Cuándo Pablo habla de ella en el capítulo once de Hebreos,

no dice nada de aquella “mentira”. Esto no puede ser otra cosa más que ella, cuándo se dio cuenta de su pecado, cuándo reflexionó sobre aquello que había dicho, lo confesó como pecado, recibió el perdón de Dios, y ejerció fe sin reservas en la palabra de la promesa. Una actuación diferente hubiera hecho imposible que Sara figurase entre los ejemplos de fe que Dios presenta a su pueblo. El mensaje es claro: cuándo uno peca no está todo perdido, Dios provee en su gracia la confesión para obtener el perdón, y así poder seguir hacia delante.

La fe para recibir poder

En éste caso, la fe en la promesa, basada en el hecho de que es Dios quien la otorga, tiene como propósito proveer del “poder” necesario para que ésta se convierta en una realidad.

Ni Sara ni Abraham tenían capacidad física ni biológica para producir y fecundar un óvulo, y primero había que concebir para poder llegar a dar a la luz. El poder de Dios hizo toda la obra. Primero, hizo fértil nuevamente a Abraham para poder ser padre. En segundo lugar, hizo fértil a Sara para poder quedar embarazada. Y en tercer lugar, dio las fuerzas necesarias a Sara para poder llevar a buen término aquel embarazo, y dar a luz una criatura. No era una tarea fácil, era muy compleja. Sara no solamente concibió de Abraham, Sara dio a luz un hijo a Abraham, llevando la concepción a su fin.

Ésta fue la evidencia de que el poder de Dios estaba actuando. Dios siempre acaba aquello que comienza, y lo hace bien, completo y perfecto. Todo lo que cuenta con el poder de Dios ha de evidenciar éstas mismas características. Paremos un momento, y pensemos: ¿cuanto de lo que decimos que hacemos en el poder de Dios lo hacemos únicamente en el poder del hombre? La única manera de recibir el poder de Dios es por la fe en él y su

Palabra. Únicamente recibimos el poder de Dios para hacer la obra de Dios, no para llevar a cabo nuestras ambiciones, proyectos o deseos personales, por muy “santos” que parezcan. Y hemos de recordar que el poder de Dios nos es administrado por el Espíritu Santo (Hch 1:8).

El poder en la propia vida

El poder de Dios actúa, en primer lugar, en nuestra propia vida. No podemos esperar que el poder de Dios obre en la vida de otras por nuestra instrumentalidad, si primero no dejamos que obre en nosotros. Y ha de actuar en profundidad e intensamente.

El poder de Dios actuó primero en la persona de Sara. Después, tuvo que restaurar su capacidad para ser fértil. Y en tercer lugar, tuvo que capacitarla para llevar a cabo el embarazo y ser así madre de una criatura formada y viva. Esto nos puede ilustrar como debe actuar el poder de Dios en ti y en mí, antes de nada. ¿Soy fértil espiritualmente? ¿Mi vida espiritual es viva, o está agonizando? Necesitamos una renovación interior, y para ello necesitamos un diagnóstico acertado de nuestra condición espiritual. El Salmo 32 nos puede enseñar como actuar, pues en él David nos describe como pasó de una vida estéril espiritualmente, a una vida espiritualmente fértil. Primero hemos de buscar el diagnóstico de nuestro estado a la luz de la Palabra de Dios (vv. 3-4); el remedio lo encontramos en la confesión (vv. 5-7); y el resultado será recuperar nuestra capacidad para obra (vv. 8-11). La acción de Dios tiene, como en la experiencia físico-biológica de Sara, dos etapas: ser fértiles, y ser fuertes para producir un fruto competente y público.

Hemos de permitir que el poder de Dios se manifieste en nuestra vida interior, antes que pueda actuar a través nuestro en favor de los demás.

La fe para recibir poder para aquello que «es» humanamente imposible

Hay cosas para las que no hemos de esperar recibir un poder especial de parte de Dios. Dios nos ha dado capacidades y recursos naturales que nos permiten hacer muchas cosas para su gloria. Por ejemplo, para atender económicamente a los nuestros y ayudar a la obra de Dios, el Señor nos ha dado la capacidad de trabajar, y de esa manera obtener los recursos necesarios. En ocasiones habremos de esforzarnos y sacrificarnos, pero no necesitamos el poder sobrenatural de Dios para eso. Para todo aquello que podemos hacer con los recursos “normales” o “naturales” que Dios nos ha provisto, no hemos de esperar un poder especial del cielo, con sujetarnos al Espíritu y a la Palabra tenemos lo necesario para ponernos manos a la obra. Incluso para ser testigos del Señor no necesitamos una provisión nueva del poder de Dios, puesto que el día de Pentecostés la Iglesia, y con ella todos los creyentes a través de los siglos, recibió el poder del Espíritu Santo para ser testigos de Cristo en Jerusalén, Judea, Samaria y hasta lo último de la tierra (Hch 1:8).

En otras ocasiones sí que necesitaremos el poder sobrenatural de Dios, cuándo hemos de hacer cosas que están más allá de las capacidades naturales que hemos recibido. La voluntad de Dios para nuestras vidas no está limitada a nuestras capacidades naturales, como lo vemos en Sara: cuando Dios le dijo que sería madre la estaba proveyendo de un poder sobrenatural, por la fe en Dios y su Palabra, que haría posible que ella, una mujer estéril, fuera madre. Pero primer Dios ha de hablar, y nosotros lo que hemos de hacer es escuchar a Dios, y tener una fe viva en él y su Palabra.

Los resultados «milagrosos» del poder que se recibe por la fe: los efectos de nuestra fe en los demás

El poder de Dios nos permite llevar a cabo obras maravillosas, más allá de nuestras posibilidades naturales. En Sara, las consecuencias de su fe, fueron más allá de ser madre, puesto que hizo que fuese madre de un pueblo incontable. Ignoramos lo que Dios quiere hacer a través nuestro, pero tampoco necesitamos saberlo; lo que hemos de saber es que por la fe en Dios y su Palabra podemos obrar grandes cosas para su gloria, aunque nuestros ojos físicos no tengan el privilegio de contemplarlo.

Edicions Cristianes Bíbliques